

Sigismund
Krzyzanowski

El Club de los Asesinos de Letras

Traducción de
Rafael Cañete

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2012

Título original:

Клуб убнийц букв

© Éditions Verdier, 1993

© **Ediciones del Subsuelo, Barcelona, 2012**

(para la edición española)

I.S.B.N. 978-84-939426-4-9

www.edicionesdelsubsuelo.com

© de la traducción: Rafael Cañete

Diseño de la cubierta: Maite Martín, Kilian López

Impresión y encuadernación: Grup4, Badalona

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

1

—Burbujas sobre el ahogado.

—¿Cómo dice?

En un rápido *glissando*, una uña triangular se deslizó sobre los hinchados lomos de los libros que nos observaban desde la estantería.

—Digo que hay burbujas sobre el ahogado. Basta meter la cabeza en el agua para que la respiración suba en burbujas; una vez arriba se inflan y explotan.

El que hablaba contempló otra vez las hileras de libros silenciosos que se apretujaban a lo largo de las paredes.

—Ya... y también dirá usted que esa burbuja es capaz de atrapar el sol, el azul del cielo y el verde balanceo de la orilla. Pero, aunque fuera así, ¿qué falta puede hacerle todo eso al que tiene la boca hundida en el fondo del agua?

De repente, como si hubiera tropezado con una palabra, se levantó y, ciñendo con sus dedos los codos que se había llevado a la espalda, comenzó a pasear desde las estanterías hacia la ventana y luego en sentido inverso, limitándose de vez en cuando a escudriñar mis ojos con los suyos.

—Pues sí, amigo, piense que si en el estante de una biblioteca hay un libro de más es porque en la vida hay un hombre de menos. Y, puestos a escoger entre un estante y el mundo, yo prefiero el mundo. ¿Las burbujas allá arriba y yo en el fondo? Pues no, aunque se lo agradezco infinitamente.

—¡Pero usted —intenté oponerme tímidamente—, usted que ha dado a la humanidad tantos libros! Todos nos hemos acostumbrado a leer sus...

—Di, pero ya no los doy. Desde hace más de dos años, ni una sola palabra.

—Pues por ahí se dice y se escribe que está usted preparando otro y aún más importante.

Él tenía la costumbre de no escuchar hasta el final.

—Más importante, no lo sé. Nuevo, eso sí. Pero sepa que los que hablan y escriben sobre eso, y esto sí que lo sé con seguridad, no recibirán de mí ni un solo carácter tipográfico más. ¿Comprende usted?

Evidentemente, debí de poner cara de no haberle comprendido. Tras vacilar un momento, se dirigió de repente hacia su sillón vacío, lo acercó a mí, se sentó casi pegando sus rodillas a las mías y escudriñó mi rostro con atención. Nuestro silencio se fue alargando penosamente.

Con la mirada parecía buscar algo en mi rostro, de la misma manera que tratamos de localizar una cosa que hemos olvidado en una habitación. Yo me levanté bruscamente.

—Siempre está ocupado las tardes de los sábados —le hice notar—, y está atardeciendo. Es hora de que me marche.

Unos dedos correosos me asieron del codo, impidiendo levantarme.

—Cierto. Los sábados suelo..., mejor dicho, solemos encerrarnos bajo llave y ocultarnos del resto del mundo. Pero hoy se lo voy a mostrar a usted: el sábado. ¡Quéde-se! Aunque lo que voy a enseñarle exige que le ponga en antecedentes. Se los resumiré mientras estamos solos. Bien. No creo que sepa que en mi juventud fui discípulo de la pobreza. Mis primeros manuscritos me obligaban

a invertir mis últimos céntimos en encolarlos y mandarlos por correo, aunque invariablemente no tardaban en devolvérmelos rechazados. En los cajones de la mesa guardaba un montón de sobres usados, sucios y estropeados. Aparte de esa mesa que hacía las veces de cementerio de mis ficciones, en mi habitación había también una cama, una silla y una estantería con libros, compuesta por cuatro tableros alargados y arqueados por el peso de las palabras que recorrían toda la pared. Por lo general no tenía leña para la estufa, ni alimento que llevarme a la boca. Pero mi relación con los libros era casi religiosa, como la que suelen tener las demás personas con los iconos; la posibilidad de venderlos era algo que no se me había pasado por la cabeza hasta el día en que un telegrama me obligó a ello: «Mamá murió el sábado. Tu presencia es necesaria. ¡Ven!». Aquel telegrama comenzó a comerse mis libros esa misma mañana. Por la tarde, los estantes ya estaban vacíos y mi biblioteca, convertida en tres o cuatro billetes de banco, metida en el bolsillo lateral de mi pantalón. La muerte de quien te dio la vida es una cosa muy seria. Siempre ha sido así, y para todo el mundo; una cuña negra en la vida de cualquier persona. Después de asistir a los funerales recorrí de nuevo, a la inversa, aquella distancia de mil verstas y volví a encontrarme en el umbral de mi pobre morada. El día de mi partida estaba desconectado de la realidad, así que sólo fue entonces, a mi regreso, cuando el efecto de las estanterías vacías se manifestó en mi conciencia con toda su crudeza. Recuerdo que, después de cambiarme de ropa, me senté a la mesa y volví la cabeza hacia el vacío que reinaba en aquellas cuatro tablas negras. Aunque liberadas del peso de los libros, las tablas aún no habían enderezado sus gibas y parecía como si el vacío siguiera presionándo-

las perpendicularmente hacia abajo. Traté de desviar la mirada hacia otros objetos, pero en la habitación —como ya le dije— sólo había una cama y aquella estantería. Me desnudé y me metí en la cama, dispuesto a dormir la depresión. Pero no; aquella impresión, después de darme un breve respiro, se reavivó. Yo yacía de cara a las estanterías, así que contemplé cómo el brillo de la luz de la luna titilaba y luego se deslizaba por las tablas desnudas. Parecía como si una vida apenas perceptible, con unos tímidos advenimientos, comenzara a brotar allí, en aquel espacio ausente de libros.

Naturalmente, todo aquello no era más que una broma pesada que me jugaban los nervios, así que cuando la mañana se desperezó, contemplé tranquilamente las tablas vacías y ligeramente curvadas de las estanterías bañadas por la luz del sol, me senté a la mesa y comencé a trabajar como de costumbre. En cierto momento necesité corroborar unos datos y, en un movimiento inconsciente, mi mano derecha se estiró hacia los lomos de los libros; en su lugar sólo encontró aire. Esta escena se repitió una y otra vez. Con disgusto clavaba la mirada en los estantes vacíos de libros, aunque llenos de pequeñas partículas de polvo y de sol, mientras tensaba la memoria y me esforzaba en ver la página y el párrafo que necesitaba consultar. Pero las letras imaginarias del interior de la ilusoria encuadernación se contraían a un lado y a otro y, en lugar del párrafo necesario, aparecía un desparrame abigarrado de palabras. Además, la horizontalidad del párrafo se rompía y estallaba en decenas de variantes. Yo elegí una de ellas y la inserté con cuidado en mi texto.

Poco antes del anochecer, para descansar del trabajo, me gustaba tumbarme en la cama con un tomo pesado de Cervantes en las manos y saltar con la mirada de un

episodio a otro. Aunque ese libro ya no existía, recordaba muy bien su emplazamiento de siempre: el rincón izquierdo del estante inferior, aplastando la piel oscura de sus cantoneras amarillas contra el tafilete rojizo de los autos sacramentales de Calderón. Cerrando los ojos, procuré imaginarlo allí, a mi lado, entre mi ojo y la palma de mi mano (los amantes abandonados siguen viendo a sus amados de la misma manera: cierran con fuerza los párpados y hacen un ejercicio de imaginación y voluntad). Y dio resultado. Con el pensamiento pasaba una hoja, y otra. Luego, mi memoria dejaba escapar las letras y ellas caían y se deslizaban hasta perderse de vista. Intenté convocarlas de nuevo a mi presencia; unas palabras regresaban, otras no. Entonces comencé a llenar los espacios en blanco, intercalando en los intervalos mis propias palabras. Cuando me cansaba de aquel juego y abría los ojos, la habitación ya estaba llena de noche y una densa oscuridad cubría todos los estantes y rincones de la habitación.

Por entonces yo disponía de mucho tiempo libre, de manera que repetí cada vez con más frecuencia aquel juego con mis estanterías vacías. Un día tras otro se iban añadiendo fantasías hechas de letras. Yo no tenía dinero, ni ganas de ir a por letras a las casas de empeño de libros o a las tiendas de libros de viejo, así que las sacaba a puñados —letras, palabras, frases— de mí mismo. Escogía mis ideas y pensamientos y después de imprimirlos, ilustrarlos y encuadernarlos con esmero iba colocando con cuidado una idea tras otra, una fantasía tras otra, rellenando aquel dócil vacío que aspiraba desde el interior de mis anaqueles negros de madera todo aquello que yo le proporcionaba. En cierta ocasión en que un huésped inesperado vino a devolverme un libro que yo le había prestado, al querer ponerlo en el estante, yo le detuve, diciéndole:

—Está todo ocupado.

Mi huésped era tan pobre como yo y sabía que la excentricidad es el único derecho que poseen los poetas medio muertos de hambre. Me miró tranquilamente, puso el libro sobre la mesa y me preguntó si quería escuchar un poema suyo.

Cuando hube cerrado la puerta tras él y su poema, trasladé inmediatamente el libro de allí y lo puse lo más lejos posible, pues las vulgares letras doradas impresas en su cubierta oronda podían perturbar el juego mental que acababa de instituir.

Al mismo tiempo, yo seguía trabajando en mis manuscritos. Y para mi sorpresa, un paquete que había enviado a las viejas direcciones de siempre no me fue devuelto; los escritos habían sido aceptados y se editaron. Resultó pues que aquello que no habían podido enseñarme los libros hechos de papel y tinta de imprenta lo había conseguido finalmente con la ayuda de tres metros cúbicos de aire. Ahora ya sabía qué hacer: uno a uno, fui cogiendo mis libros imaginarios, los fantasmas que llenaban el vacío entre los tableros negros de mi antigua estantería y, sumergiendo sus letras invisibles en tintas más ordinarias, los fui convirtiendo en manuscritos y los manuscritos en dinero. Y así, poco a poco, año tras año, a medida que mi nombre se hacía más popular y disponía de más y más dinero, mi biblioteca se fue agostando progresivamente de fantasmas. Si antaño dilapidé el vacío de mis anaqueles con demasiada premura e irreflexión, estoy por decir que este nuevo vacío me irritaba aún más, pues estaba construido con aire demasiado común.

Ahora, como usted mismo puede comprobar, mi pobre habitación también se ha ido agrandando hasta convertirse en un apartamento amueblado de lo más apa-

rente. En lugar de la vieja estantería ya fuera de uso, cuyo vacío podría haber cargado de nuevo con el peso de nuevos volúmenes, coloqué unos armarios amplios y acristalados; esos que ve usted. La inercia actuó a mi favor; la fama me iba proporcionando nuevos y mayores honorarios. Pero yo era consciente de que el vacío que había malvendido, antes o después, se vengaría. A fin de cuentas, los escritores no somos más que unos domadores profesionales de palabras, y las palabras que se mueven en un párrafo, si estuvieran vivas, con toda probabilidad temerían y odiarían la plumilla astillada, tanto como las fieras domadas temen el látigo que se agita sobre ellas. O para ser aún más precisos, ¿ha oído hablar del procedimiento de elaboración del astracán *karakulshak*? Los proveedores de este material manejan una terminología muy específica: empleando los más diversos e ingeniosos procedimientos, tantean los bucles y arabescos de la piel de un cordero que aún se encuentra en la placenta de la madre y, cuando encuentran el dibujo adecuado y la composición de bucles deseada, proceden a matar el feto antes de que nazca; a este procedimiento lo llaman «fijar el dibujo». Pues bien, algo parecido hacemos nosotros con nuestras ideas y pensamientos: somos sus fabricantes y sus asesinos al mismo tiempo.

Naturalmente, tampoco entonces era yo un hombre cándido y comprendía que me estaba convirtiendo en un asesino profesional de ideas. Pero ¿qué podía hacer? A mi alrededor sólo veía manos extendidas y yo, en cada una de ellas, iba arrojando un puñado de letras. Pero esas manos pedían más y más. Borracho de tinta, estaba dispuesto, al precio que fuera, a forzar continuamente nuevos temas. Pero mi atormentada fantasía ya no daba para más; ni para una sola palabra más. Así que decidí exci-

tarla de manera artificial, echando mano de un viejo recurso por otra parte ya experimentado. Ordené limpiar y vaciar por completo una de las habitaciones de mi casa. Pero venga conmigo, será más sencillo si se la muestro.

Mi anfitrión se levantó y yo le seguí. Cruzamos varias habitaciones contiguas. Un umbral, otro umbral, un pasillo; así hasta que llegamos a una puerta cerrada con llave, oculta tras un cortinón del mismo color que la pared. La llave chirrió con fuerza; luego accionó el interruptor de la luz. Me vi entonces en una habitación cuadrada. Al fondo, frente a la puerta, había una chimenea y alrededor de ella, dispuestos en semicírculo, siete pesados sillones de madera tallada. A lo largo de las paredes, tapizadas con un paño oscuro, había una serie de anaqueles de color negro, vacíos por completo de libros. También divisé unas tenazas de hierro con las asas apoyadas contra la rejilla de la chimenea. Eso era todo. Caminando sobre una alfombra sin adornos que amortiguaba nuestros pasos, nos acercamos a los sillones colocados en semicírculo. El dueño de la casa me invitó con un gesto de la mano.

—Tome asiento. ¿Le sorprende que haya siete sillones? Al principio sólo había uno. Antes solía venir por aquí para conversar con el vacío de las estanterías, para que estas cavernas negras de madera me propusieran algún tema. Pacientemente, cada tarde, me encerraba aquí con llave y, en medio de este silencio y este vacío, aguardaba. Mortecinas y extrañas, brillando de vez en cuando con un suave y oscuro resplandor, ellas no querían responderme. Entonces yo, después de darme ánimos con palabras de doma y adiestramiento, regresaba a mi tintero. Justo por entonces se aproximaban las fechas de entrega de dos o tres contratos literarios que había concer-

tado previamente, pero yo no tenía ningún tema sobre el que escribir.

¡Ah, qué odiosa me resultaba entonces toda aquella gente que con ayuda de un abrecartas destripaba tranquilamente las hojas de una revista recién comprada y envolvía mi apaleado y desmoralizado nombre con decenas de miles de miradas! Vaya, justo ahora me estoy acordando de una anécdota sin importancia. En cierta ocasión paseaba por una calle cuando vi en la acera helada a un niño que anunciaba a voz en cuello: «¡Letras, letras para chanclos!».* Recuerdo que en aquel momento pensé que a las letras de aquel niño y a las mías les esperaba un mismo final: quedar siempre por debajo de las suelas.

En efecto, yo me sentía, al igual que mi literatura, pisoteado y desprovisto de sentido, y si no me hubiera ayudado la enfermedad, difícilmente habría encontrado una salida acertada. Esa enfermedad, penosa e inesperada, me tuvo apartado mucho tiempo de la escritura; mi inconsciente pudo descansar, ganar tiempo y pertrecharse de pensamientos. Recuerdo que, estando aún débil y sintiéndome medio excluido del mundo, después de un largo paréntesis, abrí la puerta de esta oscura habitación y al llegar a la altura de este sillón contemplé de nuevo el vacío de las estanterías, un vacío silencioso e incomprensible, pero que a pesar de todo ¡comenzó a hablarme! Consintió de nuevo hablar conmigo como en los viejos tiempos. Yo que creía que habían terminado para siempre. ¡Compréndame! Eso fue para mí tan, tan...

* En Rusia, un trabajo callejero consistía en grabar las iniciales en las suelas de las botas y chanclos de los transeúntes, a fin de que sus propietarios no los confundieran al recogerlos en el zaguán de una casa a la que, por ejemplo, hubieran sido invitados para una fiesta más o menos concurrida. (*N. del T.*)

Los dedos del narrador se posaron sobre mi hombro para retirarse de inmediato.

—Pero ni usted ni yo disponemos ahora de tiempo para efusiones líricas. Mis colegas están a punto de llegar. Por tanto, demos marcha atrás y volvamos a los hechos. Pues bien, fue entonces cuando aprendí que las ideas necesitan amor y silencio. Antes, como un dilapidador de fantasmas, las amontonaba y las ocultaba de ojos curiosos. Las encerraba todas aquí, bajo llave, y mi biblioteca invisible comenzó a formarse de nuevo: fantasma tras fantasma, obra tras obra, ejemplar tras ejemplar, volvieron a llenar estos estantes. Eche una mirada hacia aquí. No, mejor mire el estante intermedio. No ve nada, ¿no es cierto? En cambio, yo...

Me aparté ligeramente y en las aceradas pupilas de mi interlocutor vi que temblaba una alegría concentrada y brutal.

—Fue entonces cuando decidí cerrar de una vez por todas la tapa del tintero y regresar al reino de las ideas puras, libres, inmateriales. A veces, siguiendo esa vieja y arraigada costumbre de la escritura, me sentía impelido hacia el papel. Aunque algunas palabras, a pesar de mis desvelos, lograban abrirse paso a través de mi lápiz, yo reaccionaba matando de inmediato esos abortos, deshaciéndome implacablemente de esas viejas inclinaciones de hombre de letras. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de los llamados *Giardinetti di San Francesco*, los Jardines de San Francisco? Yo los he visitado en Italia en varias ocasiones. Se trata de unos parterres minúsculos cavados metro a metro en dos o tres terrazas que, tras unos muros altos y recónditos, se encuentran prácticamente en todos los monasterios franciscanos. En la actualidad, y a cambio de unas cuantas monedas de cobre, podemos con-

templarlos, aunque con ello estemos violando la tradición de san Francisco. Pero sólo desde fuera, por unas puertecillas laterales. Sin embargo, en otros tiempos ni siquiera eso estaba permitido. Las flores crecían allí tal como había dispuesto el ilustre franciscano en su testamento; es decir, no para el deleite de los humanos, sino para la propia satisfacción de las flores. A menos que previamente se hubiera recibido la tonsura, estaba prohibido arrancarlas o trasplantarlas fuera de las terrazas; al igual que tocarlas con el pie o rozar con la mirada esa tierra que se entregaba a las flores. Así, protegidas ante cualquier contacto y a salvo de las miradas y de las tijeras de podar, las flores disfrutaban del derecho de florecer y exhalar su aroma para su único deleite.

Pues bien, fue entonces cuando decidí, aunque esto no le parecerá extraño, plantar mi propio jardín recién-dito, protegido por el silencio y el misterio, donde todas mis ideas, mis fantasmas más refinados y mis proyectos más monstruosos, lejos de las miradas, pudieran germinar y florecer para placer exclusivamente mío. Detesto la piel burda de esos frutos que cuelgan pesadamente hacia abajo y atormentan las ramas secas y retorcidas. Quiero que en mi minúsculo jardín la floración sea eterna, que no mengüe nunca, ni que engendre sentidos y formas complejas. No crea que soy una persona egoísta, incapaz de abandonar mi «yo», que odia a las personas y los pensamientos ajenos, los que «no son míos». ¡No! En este mundo sólo existe una cosa que odie verdaderamente: las letras. Por eso, bienvenido sea ese hermano que pueda y quiera, caminando a través del misterio, vivir y trabajar aquí, en el arriate de las ideas puras.

Guardó silencio un momento mientras recorría con mirada atenta los respaldos de los sillones de madera de

roble que, dispuestos en semicírculo a su alrededor, parecían escuchar atentamente su discurso.

—Poco a poco, algunos elegidos, llegados del mundo de los que escriben y leen, han confluído aquí, en la ausencia de letras. El jardín de las ideas no es para cualquiera. Somos pocos y seremos aún menos. Porque el peso de los anaqueles vacíos es abrumador. Y sin embargo...

—Pero es que usted —intenté replicar—, como dice, no sólo se priva de palabras a sí mismo, sino también a otros. Quiero recordarle lo de las manos extendidas...

—Eso... sabe usted, Goethe, en cierta ocasión, explicó a Eckermann* que Shakespeare era un árbol que había crecido desmesuradamente y que había ahogado sin respiro, durante doscientos años, toda la literatura inglesa. Y Verne, acerca de Goethe, también escribió hace treinta años: «Un cáncer que se extiende monstruosamente por todo el cuerpo de la literatura alemana». Y ambos tenían razón, porque si el palabrerío de uno acalla el del otro, si los escritores se impiden mutuamente realizarse, entonces a los lectores no nos dejarán ni siquiera la posibilidad de pensar. Yo diría que el lector no logra tener ideas, que los profesionales de la escritura, más fuertes y experimentados en estos menesteres, le han arrebatado el derecho a tenerlas. Las bibliotecas han aplastado la fantasía del lector, mientras los profesionales de la escritura, ese pequeño puñado de escribas, han colmado las estanterías y nuestras cabezas hasta los topes. Hay que acabar con ese exceso de letras; en los estantes y en las cabezas. Hay que abrir sitio en lo ajeno para hacerle un hueco a lo propio; el derecho a pensar nos pertenece a todos: al pro-

* Johann Peter Eckermann (1792-1854), recordado especialmente por su contribución al conocimiento del gran poeta Goethe gracias a su obra *Conversaciones con Goethe*. (N. del T.)

fesional y al diletante. Espere... Ahora traigo el octavo sillón.

Y sin esperar respuesta salió de la habitación.

Al quedarme solo contemplé de nuevo aquella especie de centro de aislamiento, con sus estanterías decoradas de vacío, que ahogaba los pasos y las palabras. Me asaltó una intensa sensación de cautela y embarazo; sin duda, así debe de sentirse cualquier cuerpo vivo que sea sometido a una vivisección. «¿Qué quieren él o ellos de mi persona? ¿Qué esperan de mí?» Me propuse con firmeza aclarar inmediatamente la situación. Pero cuando la puerta se abrió de par en par, en el umbral aparecieron dos personas: el dueño de la casa y un hombre con gafas y una cabeza esférica coronada por una pelambreira pelirroja de erizo. Apoyando su cuerpo lacio y como deshuesado sobre un bastón, me examinaba desde el umbral a través de sus anteojos redondos.

—Das —presentó el dueño de la casa.

Yo dije mi nombre.

Justo a continuación, en el marco de la puerta apareció una tercera persona: un hombrecillo bajo y enjuto, con unas bolsas móviles debajo de unos ojos como agujas y una boca que más bien parecía una ranura seca y estrecha. El anfitrión se volvió hacia este tercer personaje.

—¡Ah, Tud!

—Sí, soy yo, Zez.

Al advertir la perplejidad en mis ojos, aquel a quien llamaban Zez soltó una risotada divertida.

—Después de la conversación que hemos mantenido, comprenderá que aquí —y subrayó esta última palabra— los nombres de los escritores no pintan nada. Lucen mejor en las cubiertas de los libros. Así que en lugar de

nombres, a cada miembro de nuestra hermandad le hemos asignado lo que llamamos una «sílabas sin sentido». Le explico: un tal profesor Ebbinghaus, un científico extraordinario que estudió las leyes de la memorización, descubrió un sistema que bautizó con el nombre de «sistema de las sílabas sin sentido». Se trata sencillamente de coger una vocal y añadirle, a izquierda y derecha, una consonante. Del listado de sílabas formadas de esta manera, el profesor Ebbinghaus eliminó todas las que poseían una mínima sombra de sentido y utilizó las restantes para estudiar los procesos mnemotécnicos. Pues bien, nosotros, con el fin primordial de... Bah, lo que sigue no merece comentario alguno. De hecho, ¿dónde están nuestros creacuentos? Ya es la hora...

Como si de una respuesta se tratara, en ese preciso momento golpearon la puerta. Entraron dos individuos: Jit y Sog. Un minuto después apareció en el umbral, respirando con cadencia asmática y secándose el sudor, un personaje más: este respondía al nombre de Fev. Sólo quedaba vacío un sillón. Por fin llegó también el último: un hombre con un perfil suave y una caída frontal muy pronunciada.

—¡Rar, llega usted con retraso! —le saludó el presidente.

El recién llegado alzó los ojos; su mirada era enajenada y como lejana.